

Passepartout

Autor: Viernes Roquero

Passepartout. Ese soy yo. Mírenlo. La boina metida hasta las orejas (nunca me han gustado las boinas), la bolsa de agua caliente entre las piernas; el televisor a toda jareta: ¡esa gente no hace más que moverse y moverse de aquí para allá, de allá para aquí! Aparecen y desaparecen. ¿Dónde van cuando apago? Peor. ¿Dónde voy cuando prendo? El mundo se derrite lentamente. La realidad no alcanza. El placer no justifica. El dolor es más. Mordisquea. De ahí que yo sufra muchas veces, pero no cuando es julio y estoy bajo una tarde de lluvia.

Sentado bajo un cielo de lluvia navegando un julio... La mirada sin objeto. Domingo. La vida yéndose. Había una con Cantinflas pero con voz ajena. Era como un títere el pobre. Una cosa lamentable si no fuera veladamente compleja y sutilmente poética, digamos.

«Esto no me gusta nada –pensé del lado de adentro de mí– porque... estás muy tranquilita Malena y cuando estás así es cuando me vas a dar una buena piña.»

Teléfono. ¿Quién podría ser? Algo imposible. Nunca jamás nadie me llama.

–¿Quién habla?

–¿Ya no me conocés? –ríe.

Aprovecho para jugar un poco, no vaya a ser que me dejen afuera. ¿Hay algo peor que quedarse afuera cuando sólo juegan dos?

Haría cinco o seis años que no la veía. ¡Y me llama! Se había separado. Porque se había casado. O se había casado para separarse. En fin. Entonces nos pusimos a hablar de estupideces. Siempre lo mismo. La estupidez es el puente para el encuentro entre las subjetividades. Eso ya lo dijo Descartes. O Kant. Y si no lo dijeron, debieron haberlo hecho. Para hallarla, pienso qué comentaría la gente en cualquier parte, en todas, hago una selección de lo más exasperante, me lo guardo en la mollera y lo repito: «¿Así que te casaste, che? ¡Qué locura! Locura total, eh. ¿Te separaste? ¡Qué lo parió! ¿Así nomás? ¿Qué pasó? ¡Y...! ¡El tipo era muy vago! ¡Se había enfriado LA COSA! (“LA COOOSA”) (“LA COOOOSA SE ENFRIÓÓÓ”) ¡Y qué se le va a hacer! La vida es así. A veces. Pero ahora estás bien. ¿No? Eso es lo que importa. Sentirse bien con uno mismo y no lo que digan los demás...»

Sí. La gente es mala.

Laurita. Linda gurisa. Abundante. Recordarla era volver a vivir fantasías que no puedo contar. Compartimos momentos inolvidables de amor físico –imaginé por mucho tiempo–, o simplemente placer sin horizonte, puro apetito, roce en carne viva; sus cosas, las mías...

Bueno, nada de eso pasó. Pero lo soñé con tanta fuerza que el recuerdo fue más real que la realidad.

El ómnibus cruzó un puente y siguió hasta atravesar los límites de mi mundo. En casa había quedado otro yo con su vida peregrina, involuntariamente víctima de la cuña de las realidades múltiples ya casi confirmadas por la física de las partículas. Intenté decirle con

clemencia y dulzura: «adiós, te dejo ahí con tus tristezas, poneme la bolsa de agua caliente en el cajón de arriba de la cómoda», pero *el muy* yo me dio vuelta la cara y siguió mirando el jardín, pensando, supongo, en otro yo que había recibido una llamada inesperada y se iba, se iba sin importarle nada.

¡Adivinaste, Cherloc! Ese era yo.

«Llovía y llovía. Los ojos de agua se abrían en todas partes y, agonizantes, temblaban los desvencijados paraguas en las esquinas (“demasiado poético”, diría Malena)». Así que me puse la gabardina y bajé las escaleras.

Vi al paraguas amarillo junto a un cartel que decía *Bacaray 89*, buscándome con la mirada. Sonriendo por las dudas. Yo quería decirle algo que no se relacionara con la lluvia. Algo con vida.

–¡Qué lluvia de mierda! –saludó, y todo cambió de signo. Supuse que estaba imponiendo, sin saberlo, las reglas que debía seguir para meterme entre sus piernas.

Sí. Todo muy lamentable. Malena tiene sus predilecciones. Me han dicho más de una vez que no es de caballeros; pero: ¿qué puedo hacer si prefiere personificarse en hembras? Cuando viene en un tipo uno se da cuenta porque, claro, es torpe. Y además tiene manos de pianista.

Caminamos buscando entre los charcos algún tema en común. Faltaban, y todo lo que yo decía era mentira. Supongo que ella haría lo mismo. Laurita estaba igual de bien del pecho. Ahora no tenía más aquella magia flotándole en el pelo o algo así. Pero el pecho estaba bien de bien. Y aparentemente eran dos.

–Es acá. La casita de los chorretes y las chapas. Tengo que pintar. En algún momento lo haré. Escuchame. Hay *algo* que tenés que...

–¿*Algo*? ¿Lo dijiste en cursiva? ¿Qué? ¿Qué pasa? ¿No ordenaste? Mirá que no es nada. ¡Tendrías que ver mi casa...! ¡Soy un desbolado de aquellos! Ja, ja. Tremendo. Ni podés caminar de la mugre que tengo. Yo sé lo que es vivir solo. ¡Un despiole!

–No. No es eso –volvió a suspirar y bajó los ojos–. Bueno, un poco sí.

–Dale, che. ¿Qué pasa? ¿Está tu exmarido? –bromeé.

–No. No es eso. Bueno... Un poco sí...

–¿Eh?

–A mi marido le gustaban los bichos, las aves, y tengo... muchas.

¡Ave María!

–¡Ah! ¿Pero y eso es tan grave? –dije riendo.

–¿No te parece molesto entonces? Porque a mucha gente le resulta molesto, ¿sabés?

A veces es un poco raro.

–¡Pavadas!

Abrió la puerta. Fui sorprendido entonces por un olor imposible de describir. No sé si eran grullas, estorninos o palomas. O más bien todas. ¡Barbaridad! Aquello te taladraba el cerebro como una oruga minera. Estornudé con los ojitos llenos de lágrimas.

—Algunas personas que han venido me han comentado que sienten un olor... fuerte.
¿Vos sentís?

—No. Un poco. Bah... un poquito, quiero decir: no, nada. Apenas...

Jamás de aves había visto número tal. Estaban todas juntas y armaban un alboroto imposible. Se perseguían, se pisaban, se picoteaban, graznaban. Las jaulas no dejaban espacio de pared visible. Entre las rejas, en el lomo de los pobres bichos de abajo, sobre la alfombra peludita y en los resquicios de las baldosas, se juntaba una crema amarilla.

Saliendo levemente del ruido se podía distinguir claramente el remedo de una voz: «Seeergiooooo». En efecto, Laurita me explicó mientras tomábamos un té, que su marido había enseñado a algunos de los loros a repetir su nombre. Recordé una vez que compré unas empanadas de cebolla en una cantina y pasé una semana repitiendo...

Laurita debía tener especial cuidado con la puerta; tanto porque podía entrar un gato y darse el tal festín, como porque los animales endemoniados aquellos podían escaparse. ¿«Debía tener cuidado»? Sí. Debía. ¿Quién soy yo para contradecirla? Nos volaban por arriba, se nos subían en los hombros. Lo único que podía hacer por mi parte era tratar de respirar lo menos posible y quitar las plumas del borde de la taza.

La conversación avanzaba a los tumbos, siempre a punto de desvanecerse tras lugares comunes, surcos locutivos fatales, repeticiones lamentables, ecos de pensamientos reales. Yo estaba simplemente estando. A decir verdad me resultaba muy injusto. Primero, porque Malena sabe perfectamente que soy débil. Hacía mucho que venía pidiéndole un milagrito y cuando me lo concede, ¡zácate!

Todo languidecía. Yo perfeccionaba una técnica ancestral para respirar por la boca.

«Bueno, este espejo de este baño la vio desnuda poco antes de empañarse. Desnuda. Decime vos espejito espejito mágico: ¿vale la pena pasar por todo esto? ¿Qué decía, si decía, mientras se perpetraba esas rayas en los ojos y se delineaba malamente el contorno de la boca? ¿Qué de suspiros dejó escapar si suspiraba? Supongo que está pensando qué me va a decir, cómo va a ser el primer beso; si me le acercaré yo, si se acercará ella; si será mejor prolongar el deseo hasta que me dé cuenta —de nuevo y para no variar— de que soy un pobre tipo.»

—¿Te sentís bien? ¿Precisás algo?

—Ya voy —respondí.

«¡Ay espejito! ¿Por qué le tuvo que haber pasado esto?»

—Te llamé porque... porque pensé en vos en estos días. La verdad es que siempre nos gustamos, ¿no?

—Sí —sonreí. Me pareció bien que fuera directamente al grano antes de que se lo comiera un torcaza—. Desde aquellos días vos me pareciste una buena muchacha. Linda. Buena muchacha.

Hice una pausa. Cuatro o cinco palomas estaban copulando junto a nosotros. Había un palomo gordo que se subía en todo. De pronto vi, con sorpresa (¿vi con sorpresa? Más bien triste por el palomo, lleno de empatía), que le copulaba el *champion* a Laurita. Bueno. No creo que

hubiera pensado en mí «en esos días», sino que estuvo pensando en mí bastante, tal vez calculando el impacto; y sobre todo, la sorpresa, que no hay que reducir a un simple efecto.

Miré alrededor. Los pájaros parecían cada vez más inquietos. En una pequeña biblioteca se apretujaban los libros de autoayuda: «Cómo ser tú mismo», «Sopa de puerco para el espíritu», «El viaje a la felicidad sin escalas». Cerré los ojos y lamenté mi suerte. Malena estaba ensañada. No había caso.

—¿Entonces? —dijo ella, apurando una inferencia veloz—. ¿Eh? ¿Eh? ¿Entonces?

—¿Entonces qué?

—Digo. Si siempre nos gustamos...

Voló algo verde entre nosotros. Posiblemente una cotorra. Dos.

—Me siento muy sola en este lugar (Seeeergiooooo, Seeeergiooooo... ¡Crué! ¡Crué!). No sabés lo que es encargarse de esto, mantenerlo limpio, darles de comer, tratar de conservarse cuerda.

—...y te digo la verdad; estoy muy cansada. Necesito alguien que me acompañe. Pero sobre todo, QUE ME AYUDE CON MIS PAJARITOS.

—Ojo —aclaró ante mi gesto de pánico—. No sólo para eso. También quiero otras cositas... Je, je, je.

Entrecerró los ojos y sacó la punta de la lengua.

No supe qué contestar. En realidad verla otra vez había sido muy... removedor. Laurita me gustaba y si no fuera porque ella tenía un par de chingolos en la cabeza (y me daba miedo que se sintieran ofendidos) hasta me hubiera acercado a besarla. ¡Qué puedo decir! ¡El alma humana es muy frágil! Y mi alma es muy humana.

De cualquier manera me decidí a darle un beso y por un momento el universo —el de Laurita al menos— pasó del caos al cosmos. Había conseguido quien la ayudara. Pero en mí, en las profundidades de mis sentimientos empastados y tristes, no había forma de que me hiciera cargo. Laurita me ofrecía todo. De golpe y sin anestesia. El asunto con ella era; «y ahora, vas para tu casa y te traés tus cacharpas y nos ponemos a limpiar juntos, mi amor, juntos limpiando mierda, vos y yo, para siempre». «Seeeergiooooo...»

—Las gallinitas no son feas —acepté, como para distender—. Pero que caminen arriba de la mesa...

—Es Lagarto. Le tienen miedo.

—¿Ah, también un lagarto tenés?!

—Lagarto es el gallo más grande. Herencia de Sergio, también. Lo encontró herido en la ruta. Dos por tres anda histérico y picotea a las gallinas.

Y si no era imaginación mía, cada vez que trataba de acercarme a Laurita Lagarto se ponía nervioso, y hasta me pareció que *me mostraba los dientes*.

—Es el macho dominante —aclaró Laurita—. Está aquí desde pollito.

Decidí no romper la magia diciéndole «no». Al menos tendríamos algo que nos uniría momentáneamente. Ahí estaba yo, como una promesa de carne y hueso. Esclavo del amor.

—¡Ay! Me parece que Piolín te cagó en la cabeza —me dijo tapándose la boca.

Sentí que algo caliente chorreaba detrás de mi oreja. Le pedí una servilleta.

—¡Qué loquito este Piolín! —murmuré.

Y todo esto, sinceramente, no me parece algo demasiado trágico ni digno de contar. Lo hago porque realmente ocurrió y creo, ahora al menos, que volcar realidad dentro de los cuentos es algo «saludable, chico», como me dijo un cubano. Y además debo confesar que me encontré, mientras Laurita limpiaba aquella suciedad repitiéndome con una sonrisa maliciosa, sólo para mí: «...¿te das cuenta, Passepartout? Estos mundos existen...»

—¡Qué loquito este Piolín! —volví a murmurar.

¡Dos semanas! ¡Dos semanas en globo! Yendo y viniendo a casa de Laurita. Pero yo nunca la engañé. Creo que ese podría ser mi orgullo:

—¡Qué loquito este Piolín! Pero yo, Laurita, no soy la persona que esperarás. No podría vivir acá con tanto bicho.

Se alejó. Me miró como muerta.

—Te digo la verdad. Me hacés sentir halagado. Es muy lindo que hayas pensado en mí para compartir tu vida. Que me hayas invitado a tanto. A tanto. Pero no podría aceptar tu pro...

—¡Ya sé! ¡Ya me lo habían dicho mis amigas! Pero lo que pasa es que quiero ir de frente.

—Te agradezco. Y yo también quiero «ir de frente».

«Signifique lo que signifique» —pensé.

La noche de aquel domingo fue difícil. Di vueltas y vueltas en la cama, intentando comprender qué me había pasado.

¡Dos semanas, Passepartout! Dos semanas de llamarnos y convencernos de que era imposible, de que no había forma. No importa cuánto nos pudiéramos gustar. La verdad es que la verdad es más compleja de lo que imaginamos —me susurró Malena al oído, bajo la lluvia de julio—. Más, mucho más compleja que el deseo.